

EL CASO DE LA HUELLA

Un cuento policíaco por J. H. U.
Escrito a los 13 años para su Papá.

Érase la mañana del 25 de noviembre de 1945. Los diarios anunciaban en primera página el asesinato de Lita Brown.

No se conocía ningún indicio. El crimen había sucedido seguramente mientras ella dormía, después de una reunión nocturna en casa del abogado de la familia.

La abuela de Lita, llamada Cina Brown, había sido asesinada años atrás en la misma fecha...

En su testamento había dejado todo a la nieta que la cuidó durante toda la vida, Lita Brown, a pesar de tener cinco nietos más con derecho a la herencia.

En la Policía todo era desorden. Costaba trabajo creer en el asesinato de Lita, tan semejante al de la abuela, sucedido también un 24 de noviembre cinco años antes y que no había podido ser esclarecido.

El detective Wilton, simpático y regordete, era el encargado de resolver el extraño doble caso acaecido en la familia Brown.

Se interrogó a toda la gente que había acudido a la reunión en casa del abogado, y también a éste, a los criados, etc.
Ninguno parecía ser el asesino.

El hermano mayor, Carlos, dijo que había ido al cine y que podía probarlo.

La hermana que le seguía dijo que se había quedado a comer con el abogado. Alberto, el tercero, dijo que había salido con su esposa a un restaurante. Andrés, el menor, dijo que había pasado la velada con su mujer.

Y la otra hermana, melliza de la muerta, dijo: "Yo acompañé a Lita hasta su casa. En el jardín me pareció ver una sombra pero no le di ninguna importancia".

"Está bien, por ahora pueden irse", dijo Wilton mientras guardaba en su bolsillo las notas que había tomado.

"Debemos dirigirnos inmediatamente al lugar del crimen para buscar pistas" dijo el Jefe de policía.

Y el detective y el jefe tomaron un carro que los condujo a la avenida Presidente número 171.

Timbraron y abrió una mujer alta, pálida como nieve, de ojos oscuros y pelo muy negro echado sobre la cara en completo desorden.

"¿Qué desean los señores?" interrogó.

"Somos del S O M y queremos investigar en la escena del crimen", contestó Wilton muy cortés.

"Pasen" dijo la mujer sin sorprenderse. "Gracias, con su permiso".

Los encaminó por las escaleras y señalando una habitación dijo: "En este cuarto fue..." Y se desmayó.

Los detectives la acomodaron en un sofá. "Bueno así trabajaremos más tranquilos. Pobre mujer".

Al abrir la puerta indicada vieron un espectáculo horrible.

El cadáver bañado en sangre no había sido tocado. Lucía un cuchillo clavado en el tórax.

En la mano apretada tenía unos hilos de lana verde. El detective se los arrancó y los guardó diciendo "Esto será una buena pista sin duda".

"Mire aquí, en el tapete cerca de la ventana hay una huella de barro" exclamó el Jefe.

"Quizá podemos deducir que el asesino entró por la ventana y alcanzó a tener una corta lucha con Lita antes del trágico final".

"Allí viene nuestra desmayada" apuntó el Jefe mirando a la puerta. "Ya lo veo, aunque sigue tan pálida como antes" contestó Wilton.

"¿Señora, por favor, no oyó usted nada extraño la noche del 24 hacia las 11 de la noche?"

"No señor, me acosté a las diez como es mi costumbre y luego nada turbó mi sueño" repuso la empleada.

"Bueno, gracias... Podemos irnos ahora" dijo Wilton dirigiéndose al Jefe.

Al día siguiente el detective Wilton salió en su bicicleta a eso de las 10 de la mañana. Nuevamente se dirigió a la Avenida G... y timbró en el número 171.

Abrió la puerta la misma mujer del día anterior. "Pase caballero, bienvenido". "Gracias.

Con su permiso subiré otra vez al lugar del crimen".

El cuarto estaba casi tan revuelto como el día anterior. Únicamente el cadáver había sido retirado. Wilton se dirigió inmediatamente a la ventana.

Allí con su navaja cortó el trozo de tapete que tenía la clara huella de un zapato. Lo envolvió cuidadosamente y se despidió de la mujer "Volveré".

Su bicicleta de cambios lo condujo por entre el intenso tráfico de la hora de

almuerzo, al Laboratorio de la Policía.

"Buenos días señorita" dijo Wilton mostrando su carnet. "Deseo que me fotografíen la huella de este trozo de alfombra" y abrió el paquete que tenía en la mano.

"Estará para mañana a las tres p.m. doctor Wilton" dijo la joven sin mostrar ningún interés.

"Bien, hasta entonces".

Al salir Wilton se encontró inesperadamente con el Jefe que entraba. "Vamos a tomar un café" le invitó éste.

"Muy buena idea" dijo Wilton y se encaminaron a un bar cercano. "Dos tintos muchacho" pidieron en el mostrador.

El detective contó que había llevado la huella al Laboratorio.

"Me parece que la huella debe corresponder al asesino. Y por lo pronto parece que el asesino no es una mujer.

La huella es de zapato de hombre y además demasiado grande."

"Cierto. Lo que no tenemos idea es de quien puede ser. Todos los sospechosos, mal que bien, probaron su coartada".

Llegaron los cafés con un aroma delicioso. "Son sesenta centavos".

"Aquí tiene. Guárdese las vueltas y deséenos suerte".

A la tarde siguiente el detective se encontraba en el laboratorio de la policía.

"Aquí está su fotografía, clara y ampliada tres veces" dijo la señorita. "¿Cuánto vale?"
"Son ochenta pesos doctor".

"Anótelo al caso del asesinato de las Brown. Adiós".

Se dirigió a la Oficina. "Creo que con esta foto tenemos casi todo resuelto, pero hay que poner manos a la obra" le comentó al Jefe.

Sacó un lente "Sería una gran cosa poder ver la talla y la marca del zapato..." "Aquí se alcanza a distinguir. Parece que dijera London Shoes".

"¿Y la talla, cuál es la talla del zapato?" preguntó el Jefe. "Caray, es un 44".

"Eso me hace pensar en Andrés y Carlos. El otro es muy bajo y creo que tiene el pie pequeño". "El asesino puede estar entre esos dos..."

"¡Me disfrazaré de embolador callejero e iré hasta la casa de Andrés para tratar de ver sus zapatos!" dijo de pronto Wilton.

Una hora más tarde en la calle de la Hoya, un embolador sucio y bastante harapiento gritaba "¡Lustre, lustre...!"

A poco y por suerte salió Andrés de su casa. "¡Lustre, lustre!" oyó Andrés, se miró los

zapatos y pidió "Una embolada por favor".

Está demasiado tranquilo, pensó el detective, y pudo comprobar que la talla del zapato de Andrés no pasaba del 42.

Terminado el trabajo, el improvisado embolador se dirigió al edificio de la oficina de Carlos.

Pacientemente instalado en la acera esperó la hora de salida y comenzó a anunciar "Lustre, lustre a peso..."

Carlos pasó por delante y cayó en la trampa: "Embóleme rápido" dijo. Asintió el detective-embolador y vio enseguida que aquella era su presa.

Los zapatos eran sin lugar a dudas un cuarenta y cuatro. Exactamente el mismo tamaño de la huella del tapete.

Poco después el detective Wilton se presentó en el Comando de la Policía y ordenó que tomaran preso a Carlos Brown por el asesinato de Lita Brown y de Cina Brown. "No entiendo por qué ha concluido usted tan rápidamente que el asesino es Carlos" dijo el Jefe.

"Muy simple. La huella del zapato en la alfombra era grande y Carlos tiene los pies igualmente grandes" contestó Wilton.

"Si pero hay mucha gente que tiene los pies grandes".

"Cierto. Pero poca gente tiene una corbata a la que le falta un trozo que se encuentra en la mano de la persona asesinada". Dijo tranquilamente Wilton mostrando las lanas verdes que arrancara de la mano de Lita.

"¡Caramba!" dijo el Jefe. "¿Y cómo supo que Carlos era también el asesino de la abuela Cina?"

"No lo sé. Únicamente lo imagino. Supongo que él mató la abuela para recibir la herencia y al no recibirla decidió matar a la única heredera".

"Ah, ahí viene el acusado" dijo el Jefe mirando hacia el largo corredor.

En efecto, venía Carlos con la cabeza baja, escoltado por tres policías.

"Bueno amigo, ya sabemos que es usted el asesino de las Brown, es mejor que confiese" lanzó Wilton.

El jefe lo acosó a preguntas y al fin el hombre estalló a gritos. "Si, yo las maté, yo las maté. ¡Llevaba mucho tiempo esperando ese dinero, lo necesitaba urgentemente!"

"Ahora ya no lo necesitará usted " -dijo Wilton fríamente. "Llévenlo a la celda quince" dijo el Jefe.

"¿Ahora si cree usted en mis deducciones?" preguntó Wilton.

"Sí, y lo lamento por él. Dentro de poco estará achicharrado en la Eléctrica"

contestó el Jefe.

Y agarrados del brazo salieron a tomar el cafecito...

(JHU escribió este cuento para su papá que gustaba de las novelas detectivescas, a los 13 años de edad)

CUATRO REGLAS FUNDAMENTALES

Jorge Holguín

No se sabe cómo, pero en todo caso Madame Tusseaud se las arregló para convertir al gran escritor danés Hans Christian Andersen en un derretible e instalarlo en uno de los corredores del Museo de Cera de Copenhague. Lo vemos en el acto de escribir uno de sus famosos cuentos que escurren moral. Pluma de ganso en mano. El mismo ganso del que salieron "El Patito feo" y cientos de cuentos e historias fantásticas. (Dicen en Copenhague que la historia del patito feo es autobiográfica). O tal vez todas esas historias salieron del tintero: "...Es realmente extraordinario todo lo que puede salir de mí. Algunas veces ni yo mismo sé lo que vendrá a continuación, lo que sucederá cuando un ser humano remoje en mí. Una de mis gotas es suficiente para cubrir media página. Es maravilloso, de mí salen poemas, descripciones de gente que nunca existió, hermosísimos sentimientos y bellas frases sobre lugares remotos. Realmente no lo puedo entender...". "Finalmente acertaste", interrumpió la pluma. "No entiendes nada porque tú no puedes ni pensar". Y la pluma le prueba al tintero que es de ella de donde salen todas las maravillas poéticas. Terminan por insultarse. "Chuzo de garabatos", grita el tintero. "Derrame negro", replica la pluma.

Cada uno, creyendo que ha dicho la última palabra, cierra los ojos y se duerme. H. C. Andersen (pronunciado "José Andersen" en danés) nos recuerda entonces que "solo somos instrumentos de Dios y que sólo a Él pertenecen el honor y la gloria". Esta es la REGLA NÚMERO UNO y no comentamos la cuestión, no es autobiográfica.

La segunda regla es más complicada. Vamos por partes. Primero hay que aclarar que tener un apellido que termine en SEN en Dinamarca es como tener uno que termine en EZ en el Sur. Además de H. C. (José), el gran escultor Thorvaldsen y miles y miles de daneses sufrían y aún sufren de este mal. Ya decía la horriblemente orgullosa niñita "No hay esperanza para aquellos cuyo nombre termina en SEN. Nunca llegarán a ser nada. Una tiene que ponerse las manos en la cintura para poder mantenerlos a la distancia de los codos". La hijita del mercader se puso brava ya que su apellido era Madsen, "Mi papá puede comprar cien marcos de plata en dulces y tirarlos a la calle para que los niños pobres se los peleen, apuesto a que el tuyo no puede". Escuchando detrás de la puerta había un niño pobre cuyo apellido era en SEN. La historia termina con un brinco en el tiempo de cuarenta años: "En el centro de Copenhague construyeron un palacio lleno de espléndidos tesoros que todo el mundo iba a ver. ¿A cuál de los niños que hemos descrito perteneció este palacio?" La REGLA NÚMERO DOS es entonces: el que tiene el palacio más grande, el que se levanta la princesa más chusca, o el que se va derecho al cielo es el niño pobre de CABELLOS RUBIOS que atisba tras la puerta. Y aún cuando en este caso el palacio es el Museo de Thorvaldsen, donde se encuentran agrupados la

mayoría de sus mármoles neoclásicamente cincelados, en Copenhague dicen que esta historia es autobiográfica.

Pero algunas veces, en vez de atisbar por las rendijas es mejor no ir a meter la pata por los siglos de los siglos. Como le pasó a la niña que trabajaba de sirvienta en la casa de los condes. Un día la condesa le dijo: "Cecilita, ponte tu mejor vestido y llévale esta mogolla a tu pobre mamá que vive al otro lado del bosque" (nada que ver con Caperucita Roja). La niña, horriblemente orgullosa de su facha dominguera, tiró la mogolla en una chamba del camino para pasarla sin embarrarse los zapaticos. Dicho y hecho, instantáneamente se la tragó la tierra en un santiamén. Quedó petrificada como una estatua sin poder mover nada fuera de los ojos. A la bisabuela del diablo se le ocurrió que la estatua se vería muy bonita en el infierno y allá fue a parar la niña y tuvo hambre per secula seculorum, pues aunque la mogolla seguía pegada al pie, era tal el endurecimiento del corazón y por consiguiente de sus huesos, que no podía alcanzarla. Nadie ha dicho que sea autobiográfico.

Si "No caminar sobre una mogolla" es la REGLA NÚMERO TRES, entonces la cuarta y más espeluznante es "No te pongas los zapatos rojos cuando tu mamá se está muriendo". Resultó que la mamá de Isabelita no se dio cuenta de que los zapatos que su hijita había escogido para ponerse el día de la primera comunión eran rojos. Exacto, uno lee y se pregunta, "¿Pero es que la mamá es bruta o ciega o qué?". Exacto, la mamá era tan enferma que no distinguía los colores, e Isabelita caminó al altar a recibir el Santo Sacramento por primera vez, en zapatos de charol rojo. Para asombro y corrillo de todos los presentes que fueron a chismorrearle a la mamá. A Isabelita se le prohibió volver a ponerse los zapatos rojos jamás de los jamases. Pero un día en que la mamá se estaba muriendo, la niña se puso el par rojo y se fue a un bailoteo. Bailó toda la noche. Y no pudo parar de bailar cuando quería irse a casa. Siguió bailando por las calles y los bosques durante días y días; bailó frente a la casa y vio a la mamá salir en un ataúd, lloró pero siguió bailando hasta que se enflaqueció, resfrió, le dolieron los pies y perdió el ritmo. Bailó y bailó hasta que llegó donde el verdugo de la comarca. Le pidió que le cortara los pies y éste se negó. Le pidió otra vez y hasta le bailó flamenco junto a la cama tres noches seguidas para convencerlo. El verdugo cedió. De dos hachazos la dejó comiendo pavo y de lo más agradecida. Ese día prometió no volverse a poner los zapatos rojos mientras su mamá se estuviera muriendo. Tiene que ser autobiográfica, no hay de otra.

Bibliografía:

THE PEN AND THE INKWELL
CHILDREN'S PRATTLE THE GIRL WHO STEPPED ON BREAD
THE RED SHOES

HAIKU

I wish I could write a haiku but I always run out of

AT THE TABLE

A cascade of words
shattering the air like of glass rumbling down on the table to hop from cup to cup
wetting the ear like of well.

VERSO JAPONÉS

Siempre quise escribir un verso pero siempre me quedé corto de

LA SOBREMESA

Una cascada de palabras quebrando el aire como vidrio desgajándose en la mesa
para saltar de taza en taza mojando la oreja como aljibe.

Día 1. Agosto 5

Hoy, cuando hice mi diaria peregrinación a la panadería de la cuadra, señalé con el dedo meñique un bizcocho en el mostrador y con mi mejor acento danés pronuncié "una danesa".

La señorita abrió los ojos más de la cuenta y me dio a entender que no entendía. Le aclaré: "un pastel danés, como los que vendían en la Real Danesa de Bogotá, Colombia, Sur América". Ahora abre es la boca.

darle tiempo de alistar el dedo meñique nuevamente, dice: "Ah, lo que usted quiere es un Wienerbrod -un pan Vienés-".

Ahora soy yo el que abro los ojos, la boca, las orejas y los poros de sudor frío y más de la cuenta. Me lo envuelven en un taleguito, pago y salgo.

Una vez en la calle le echo una discreta mirada a la billetera. No, 20 coronas no alcanzan para comprar un pasaje a Viena. Me quedaré con las ganas de averiguar si de pronto al pan Vienés en Austria lo llaman "ein Bogotá Brot", o tal vez "eine kleine tajada aus Medellín"

PEQUEÑAS HISTORIAS DE AMOR

Raquel tiene la nariz grande y el pelo crespo. Samuel, el novio de pantalones forrados, también hace honor a su raza. A Samuel le aterra que Raquel derrita los matzos en el café. Ayer llamó a Sara por el teléfono y dejó a Raquel con los crespos hechos.

María Consuelo está convencida de que el novio le regaló un anillo de diamantes, todas las mañanas se sienta en la ventana para encandilar a los vecinos.

Rodolfo es muy de malas con las mujeres, finalmente logró que Astrid le parara bolas. Astrid tiene pestañas postizas y un suéter amarillo con punto de cruz. Astrid quería que Rodolfo la llevara al parque de diversiones a montar en las tazas locas pero Rodolfo prefería tambalearla sobre un café en el sofá de la casa. Astrid tiene los labios azucarados y a Rodolfo le gusta el café solo.

Los papás de Ester vendieron el sofá, a ellos les tocó aprender a tocar el piano.

María Inés cree que la vida es un romance de fotonovelas y como su novio tenía espinillas en close up y el texto muy borroso, lo dejó.

RIE

Un almacencito en la calle peatonal de Copenhague. En la vitrina un busto neoclásico decorado con cinta engomada verde-amarillo fluorescente, el color del momento para los que se preocupan por eso. Las paredes con diseños diagonales en gris pálido, el otro color del momento. Uno o dos tubos como de cortina de ducha de donde cuelgan unos vestidos, pocos. Un maniquí con un neumático de camión al cuello. Una registradora obviamente fechada 1951, el estilo del momento, etc.

Un hombre con cara de mico en una caverna. Antes de desayunarse una sopa de garra de dinosaurio, pinta un animal herido en la pared del comedor. Se atraganta con

una uña, se arregla el taparrabos de piel, le da un garrotacito a la mujer y a la recua de hijitos neandertalitos. No abre la puerta porque no hay, pero en todo caso sale al bosque (selva, pradera) seguro del éxito de la caza del día.

En el fondo del almacén hay un tallercito, Rie Christensen, la diseñadora de modas más famosa de Copenhague se retoca el ya muy exagerado maquillaje.

Cuando a Juancito Ramírez se le cayó un diente de leche en Pereira, la mamá le dijo que lo pusiera debajo de la almohada para que el Ratón Pérez, de pierna peluda y en calzoncillos, le trajera plata; en mi tiempo eran diez centavos, ya debe haber subido un poco.

Vestida con una estrecha falda de cuero que le llega al tobillo, Rie sonríe apoyando el codo en una columna neoclásica, el otro estilo del momento. Entran los de la televisión. Las luces blancas rebotan en su camisa militar blanca.

Un letrero en El Cairo. “Se necesita hombre joven para el templo tal”. El trabajo consiste en bailar imitando el movimiento de la estrella tal. Se exige un candidato de buena familia, conectado con el faraón. Amigos y parientes de Moisés no serán entrevistados.

El joven aplicante debe estar dispuesto a las más estrictas condiciones de trabajo. Cualquier error que cometa, un roce con otro monje-estrella, una zancadilla a alguno del grupo de la vía láctea, sentarse a descansar, etc. repercutirá en el firmamento, ocasionando un estrellón de astros y el fin del mundo. Se suplirá uniforme de trabajo bordado en oro y a la medida. Magnífica oportunidad de ascenso al estrellato. Isaac, hijo de Jacob y antepasado del Barón de Rotschild, terminó de leer el cartel, metió las manos en los bolsillos y se encaminó a su trabajo de esclavo sin prestaciones, en la construcción de la nueva pirámide. Una muy aventada comerciante en crucifijos, lo escuchó tararear “que se quede el infinito sin estrellas”.

Una gorra negra severa, entran más cables de televisión, cuadran una luz.

Sopopo-tori, habitante de Nueva Guinea, se encontró una culebra y la mató. Al llegar a su casa la quemó en la candela de la cocina, haciendo tal reguero que su esposa So-po-poto lo espantó con un palo de escoba. Sopopo-tori se fue a la quebrada y se embadurnó las piernas con las cenizas revueltas con aceite. Está muy contento porque ahora puede meterse en cualquier lado sin que las culebras lo piquen, y hace días que le tiene echado el ojo a una So-popo que vive al otro lado del lodazal.

Alistan un medidor de luz. Rie se arregla la ropa, una cartuchera llena de brillantes y puntiagudas balas de metal al pecho, del cinturón cuelgan dos granadas desmontadas, montan la cámara, desenredan el hilo del micrófono. Un, dos, tres comienza la primera toma. El periodista pregunta la pregunta obvia. ¿Por qué una muchacha tan dulce como usted Rie, diseña una ropa tan agria? Rie, ríe, apoya más el codo en la columna. Rie contesta, fin de la primera toma.

Lo que la señora Ramírez de Pereira le dice a Juancito que haga con el diente es lo mismo que hacen los niños alemanes. Cuando a Fritz se le cayó un diente aus milch (de leche), lo tiró detrás del fogón, (pues ahí es donde pululan los ratones) y dijo “rata, rata dame tu diente de lata, que yo te doy el de hueso”. Y de esta forma Fritz (en Mainz) y Juancito (en Pereira) se aseguran una dentadura tan blanca y fuerte como la de los ratones.

Igualmente, el neandertal dibuja un monacho en la pared para asegurar el éxito de la caza. El monje en el templo egipcio baila hasta quedar exhausto para que las estrellas no se paren.

A Sopopo-tori no le importa un rábano que las piernas le huelan inmundas pues él sabe que el mejor antídoto contra las culebras es haber matado y untándose una.

Rie se toca una granada y sonríe, “una forma de vencer el miedo que le tenemos a la guerra es familiarizarse con los elementos de ésta”.

Es probable que para su próxima colección de modas, Rie diseñe una blusa con laboratorio de cocaína al cuello y unas botas con ametralladora.

Salón Rojo, Hotel Tequendama.

ADIÓS ARENQUE

La señorita Punk despega los ojos llenos de Rimmel, y se tira de la cama. Recalienta una botella de cerveza, bosteza y se desayuna mirando la carátula de un disco de “Las Afeitadoras Eléctricas”. Bosteza y se mete los dedos en la boca, vomita sobre la tostadora de pan.

Se viste para el entierro de Arenque, el guitarrista del conjunto “Ka-Ka”. Señorita Punk únicamente tiene ropa negra. Corta una falda por el medio, deshilacha la camiseta sudada, raspa las botas militares, aprieta el cinturón negro lleno de tachuelas, se envuelve los tobillos en harapos raídos, los ajusta con cinta aislante negra.

Comienza a maquillarse mordisqueándose las uñas, se pone más Rimmel, babas en las mejillas, se empolva de blanco. Afortunadamente tiene media cabeza afeitada, se engrasa más el pelo y gasta horas hasta que le queda parado.

Saca la caja de joyas, tres ganchos en la oreja izquierda, un fósforo usado en la derecha, un alfiler rojo fluorescente en el tabique de la nariz, tres cauchos en la muñeca, tiras de cuero en los dedos. Se mira al espejo y se hace pistola.

Señorita Punk detesta los entierros pero también detestaba a Arenque. Únicamente va al funeral a ver si conoce a algún imbécil que le compre una

hamburguesa y varias cervezas. Detesta las hamburguesas, los comunistas, los hippies, los anarquistas, los choferes de bus, la familia real, los policías, el vómito en la tostadora, "Las Afeitadoras Eléctricas", el Rimmel, y al novio.

Arroja la puerta, se rueda por las escaleras, sale a la calle, se pone una motocicleta entre las piernas. Llega a la casa funeraria. El tapete rojo y las flores se le hacen pura mierda. El altoparlante escupe la última canción de Arenque: "Tengo un vacío entre las orejas y un vacío entre las piernas". Señorita Punk se sonríe por primera vez desde que constató los dos vacíos. Le saca la lengua a un periodista.

En el periódico "Actualidad" del día siguiente (junio 10) sale una foto de Señorita Punk encabezando el desfile fúnebre en su motocicleta. La placa del carro fúnebre es OZ69939. El titular en letras rojas dice "VIUDA DEL CONDUCTOR DE BANDA AL FRENTE DEL FÉRETRO. ADIÓS ARENQUE". "Ver la página cuatro", hay dos fotos más, Señorita Punk cargando el ataúd con símbolo nazi y flores usadas, y Señorita Punk, en gafas negras, arreglando la bomba de aceite de la moto. Su devoción a Arenque es puesta entre comillas "Algunos creen en Jesús, yo creo en Arenque". Nos informan que trece motocicletas, siete automóviles y docenas de gentes a pie asistieron al entierro. Describen la marca de la ametralladora y el calibre de las balas. No informan lo de la hamburguesa con cervezas.

Especial para El Mundo
Medellín

LOS ENDIABLADOS VERSOS

Este es otro comentario sobre el libro que todo el mundo está comentando actualmente. Como la manera más fácil y directa de escribir acerca de un libro es mirarle la pasta e imaginarse por el arte de la elucubración lo que debe decir dentro, yo me ciño a este principio y dejo en claro, de una vez por todas, que no he leído el libro. La pasta la tengo en frente, eso sí, un poco ennegrecida ya que hube de rescatarla de las llamas de mi propia inquisición casera.

El 24 de Febrero recibí como regalo atrasado de cumpleaños una copia de los ya famosos versos satánicos de Rushdie, un desprevenido escritor que está a punto de desatar la furia de la cimitarra del medio oriente contra nuestros espigados cuellos occidentales, tal vez hasta la guerra vaticinada por Nostradamus.

El regalo era perfecto ya que yo me las doy de ser uno de los escasos católicos que pueden recitar de memoria Suras enteras de El Corán sin tomar aire y sin siquiera parpadear.

"Recitad en el nombre del Señor que creó al hombre de coágulos de sangre Y le enseñó el uso del lápiz Y le enseñó todo lo que él no sabía"
Sura XCVI o "de la sangre espesa"

La primera cosa buena que vino de Oriente fueron los tres reyes magos, traían oro y cosas que olían riquísimo y servían para sanar; además llevaban unos vestiditos y coronas que los hacen ver muy bien bajando por el musgo seco del pesebre. Después se vinieron fue con el petróleo, el cual obviamente es muy útil para poder -urbi et orbi- ir en carro a misa los domingos y fiestas de guardar.

Y esto sin hablar de los números arábigos, los versos de Omar Khayyam, el astrónomo persa y tal y cual. Pero hoy se vienen es con una sentencia de muerte para el escritor indo-inglés que dice con toda modestia que su libro no es tan importante ni tan bueno.

Luego de mi regocijo inicial al acariciar la brillante tapa y detallar el dibujo de un par de hombres despescuezándose el uno al otro sobre un fondo de tapicería azul; caí en la cuenta de que tenía en mis manos un arma poderosa, una prueba más de la victoria del lápiz sobre las espadas. Una obra que parecía capaz de desatar una guerra, un terremoto y la furia de cualquier Ayatolah sin recato. Uno de esos libros que como Playboy o Selecciones hay que leer en el excusado a puerta cerrada y con el agua del lavamanos corriendo. Decidí esperar hasta el día siguiente en que íbamos a almorzar frisoles para poder hacerle justicia al primer capítulo.

El 25 de Febrero me levanté de buen humor y muy de mañanita salí a recoger el periódico, lo sentí pesado y tibio. Pesado y tibio. Enseguida me llegó el olor a la nariz. No eran los regalos de los Reyes Magos ni el petróleo de la OPEC. Era popó de perro, del legítimo, enmantequillando la página de Sociales, el corredor de entrada, la sección deportiva, la puerta del apartamento, las tiras cómicas, el timbre, el tapete, el ascensor, y hasta el alma.

Obviamente estábamos pillados. En un ataque de autocensura y pánico mortal tiré el libro dentro del horno de gas y lo prendí a todo fuego. Los frisoles me los comí escondido debajo de la cama y no hay poder humano ni divino que me haga salir de aquí.

Nota. Quise enviar este artículo antes y lo mande por Fax y no pasó. Este es el momento en que no nos explicamos por qué, el número en Colombia era el correcto, la máquina estaba funcionando bien y así de bien me cobraron, pero me devolvieron el texto con una anotación: ERR p01.

Jorge Holguín

Jorge Holguín es Master en Ciencias, escritor y director de teatro.

LILLITH

Las enredaderas y demás plantas crecen enormemente con el paso de los días y la llegada de la primavera. Una de esas mañanas florecidas emprendo la conquista de mi dama, la espina.

No la encuentro dormida en su nido de plumas urbanas, sino aposentada en un sillón antiguo. Dos jóvenes indecisos manosean los brazos de las sillas que flanquean el asiento de la dama. Ella da pequeñas mordidas a una manzana, sus ojos delatan un aire paradisiaco. Al yo entrar me los clava profundamente.

- Ah, los ojos del mediterráneo están de vuelta, -exclama como si leyera en los míos un libreto, mientras ejecuta ademanes escogidos al azar.

Me siento en una esquina del salón. El humo de sus cigarrillos negros con boquilla dorada se enrosca a su alrededor como una serpiente traicionera.

Un par de Biblias descansan sobre los muslos de los dos muchachos de raza y nacionalidad indefinidas, que tienen la inocencia característica de los predicadores de novedosas sectas cristianas y reparten folleticos en los aeropuertos o a la salida de los cines.

- Ustedes vienen a convertirme, -dice ella continuando la conversación interrumpida, - ¿a hacerme creer en un dios que creó el mundo en seis días?
- Si señora, - contesta uno de los jóvenes.
-¿Y qué descansó el séptimo?
- Si señora, - contesta el otro.

Avistando una hecatombe teológica, sirvo ginebra fresca en los vasos que los muchachos aún no han tocado.

-¿Un dios que hizo al hombre a su imagen y semejanza? Ambos asienten. Yo ojeo el periódico.

- Está demostrado, -continúa ella, -que los primeros humanos tenían características algo simiescas. -Sonríe al vocalizar esta palabra. Sus pulmones exhalan un nubarrón de humo que pone de manifiesto una capacidad torácica capaz de apagar a veinte metros de distancia la pira de Juana de Arco o de algún hereje en aprietos.

- Por consiguiente, -pausa. - Si el primer hombre fue hecho a la imagen de Dios, - pausa. Y el primer hombre era simiesco, -pausa, - la conclusión...

Irritado con la pausa, levanto la vista del periódico que además está escrito en un idioma que no entiendo y exclamo rápidamente: - ¡La conclusión será que su dios es un simio, un mono, un mico, un gorila tal vez!

Las Biblias caen de los muslos. Los jóvenes ahogan la herejía en los vasos de Ginebra. Mi dama sonríe y enciende una nueva pira de tabaco que se lleva ávidamente a los labios.

Mudos, borrachos y con las Biblias descuadernadas los jóvenes se esfuman velozmente. La pesada atmósfera se calma.

- Es como si yo hubiera estado allá, - susurra ella.

-¿Dónde? - pregunto.

- En el Jardín del Edén, en el Paraíso Terrenal

- ?

- Como si yo fuera una de las hijas de Lilith.

- ¿Lilith?

- Lilith, Lilith, la alegre Lilith. La primera mujer de la raza humana, la que Adán reemplazó por la discreta Eva. Lilith la primera fornicadora del planeta. Lilith, Lilith la inmortal, la que al ser expulsada del Paraíso antes de la tentación de la serpiente alcanzó a entrar en la vida eterna terrenal. Siento que soy una de sus hijas.

Según parece Lilith lleva varios milenios recorriendo el planeta y dando a luz hijas en todos los rincones de la tierra. Ahora, mi amiga, la Lilith que está sentada en el sillón se ha quedado dormida. La manzana cae de su mano al suelo, como la llave de Dalí. Le doy un mordisco al recogerla y antes de colocarla sobre la mesita, me doy cuenta de que inconscientemente la he mordido, pero ya es demasiado tarde. Lo mismo le pasó a Adán. Y aquí estamos.

EL PERRO DE GOYA

(Museo de El Prado, Madrid)

Últimamente me había sorprendido entrando a jugueterías. Al principio -tal vez por vergüenza- me paraba en la sección de equipos de química, microscopios y demás artículos para regalar a muchachos inteligentes en el día de su primera comunión. Luego fueron los modelos de armar; aviones y barcos de plástico gris que vienen en piezas dentro de grandes cajas con instrucciones muy complicadas, una botellita de pegante súper, tarritos de esmalte en colores militares, pinceles y banderitas engomadas por el revés. Ahora son los sonajeros importados y los animalitos de peluche.

Levanto la vista. No miro por la ventana sino a la pared. Pegada con cinta transparente hay una postal que representa un perro enterrado en la arena. La cola, patas y cuerpo están hundidos; el hocico se apoya en la tierra. Los ojos del animal parecen añorar la esquina superior derecha de la cartulina. Las orejas se tensan, tal vez en la sorpresa canina de no poder alcanzar la superficie de color verdicafé que ocupa las dos terceras partes superiores de la pintura; un mundo con connotaciones

de huesos roídos y restos de comida -poca cosa tal vez- pero suficiente para sus ambiciones perrunas.

Hace ya doscientos años que Francisco de Goya pintó el perrito hundido en la tierra, ahora es el drama de un animal que pronto desaparecerá en la irrealidad de la esquina izquierda de la postal. Tarjeta comprada por un familiar en un curioso repudio a Las Meninas de Velázquez, las más compradas y las más estampilladas por los visitantes al Museo del Prado de Madrid.

Cierro el cuaderno, realmente un proyecto de diario que no lograré llevar a cabo y que se convertirá en hojas y hojas de ensayos de firmas, dibujos sin terminar, redacciones sobre temas tan diversos como "La Vaca" o "Mis Mejores Vacaciones" y anotaciones infalibles para ganar en el juego de escondites, entre otros. Retazos de escolar con los cuales he reemplazado mi mundo -de ciudad y treinta y pico de años- compuesto por un estéreo y el libro de moda, transeúntes y un periódico, la televisión y una calculadora, conversaciones pseudointeressantes y música FM. Además de una serie de expresiones humanas que se han ido convirtiendo en lo que gusto llamar: "continuidad de velos inmatereales y sin sentido".

Jorge Holguín U.

COLGADURA

"Una Muchacha que es una gárgola viviente"

Cuando me lleno de energías, aguantando el dolor de mi segunda vértebra lumbar, gateo hasta la ventana y escalando por el sistema de calefacción me incorporo para mirar lo que sucede afuera.

En la tienda de Quen, el masajista, comparto la vida con una muchacha que es una gárgola viviente y que, lo mismo que yo, está recibiendo tratamiento con el mago.

Aunque reina cierto encanto, a veces creo que voy a enloquecer si sigo al lado de esta gárgola: Nació con la columna desviada y desde niña se la soldaron para que pudiera mantenerse erguida, pero no pudo, desmadejada, ha vivido acomodando sus pseudoformas en una silla de ruedas.

Por la mañana, cuando despierta, se desliza contra las paredes, agarrada de las flores del papel de colgadura. Con sus manos de dedos largos y uñas refinadas, se prende de la pared y va de rosa a clavel y de clavel a gardenia mientras sus pies van patinando en pasitos temerosos. Fingiéndome dormido la miro desde el "fouton" que nos hace las veces de cama.

Ella resbala y el sonido me indica que ha llegado al rincón donde el curandero masajista guarda frascos llenos de "crotalus terrificus" y otros monstruos ahogados en alcohol. Se voltea tímidamente, subiendo la ropa y tratando de cubrir su joroba, me sonrío abriendo los labios y mostrando sus dientes dispersos y afilados.

Darle la posibilidad de que camine, es la intención de Quen que la ha tomado bajo su protección, siempre que sea yo el que comparta la habitación con ella.

Él la manipula todos los días, violentando sus músculos, hasta hacerla gritar, eso sí, nunca más de diez minutos cada vez, sobre el duro y frío baldosín. Me cansa esa aburrición permanente y eterna del cuerpo humano. Las carnes fuera de lugar, el color rosaduzco de la piel, y a todo eso, ella con su joyería de oro, su peinado elaborado, sus uñas pintadas y

su sonrisa inacabable. Debo confesar que vivo entre la fascinación y él fastidio.

La empresa de tratar de estirar a la jorobada en estas noches de invierno, afuera,-porque la alta máquina llamada USDM: "Upside-down-machine" o máquina patas arriba- no cabe adentro requiere muchos preparativos.

Hay que amarrar a la gárgola de los pies, con la cabeza de para abajo, medio desnuda-para que el masajista pueda resbalar el codo, o el talón, por los músculos de su espalda.

La chaqueta colgando hacia abajo y los pantalones arremangados, pero siempre con su gorrito de lana y con sus botas de caucho.

Ella acalla suspiros de dolor mientras las vértebras van traqueando e intentan ponerse en su sitio. El cuerpo blanco y el cabello rubio colgando, brillan en medio de la oscuridad, ofreciendo la visión desgarrada que observo desde mi ventana.-Es necesario hacer esto de noche porque durante el día se despertarían sospechas entre los vecinos-.

Ella se contorsiona asemejándose a las gárgolas de la catedral de Notre Dame, esas que botan agua por la boca cuando llueve. Ésta bota saliva, lágrimas y un sudor que hierve, mientras su vagina exhala perfumes hirientes en el esfuerzo por aguantar.

Luego, cuando ya se entumece de frío, física y moralmente, el hombre la entra y la monta sobre una mesa forrada de plástico verde. Él se desnuda con premura y desparpajo exhibiendo su pequeño cuerpo pecoso, irguiéndose para parecer alto, meneando su roja y crespa melena y despidiendo, sin lugar a dudas, el terrible y fuerte olor axilar que bien le conozco y que pregona su fe en el ajo y en la falta de baño.

Ha decidido que la gárgola tiene que conocer un hombre y tener una relación sexual en su vida. Ella no sólo ha accedido a que se realice el experimento, sino que lo ha anhelado con todo su torcido cuerpo. Para él, este desafío parece ser excitante pues no tarda mucho en sembrarse en ella.

No sé que tan placentero le resulte a la gárgola, pues de todas maneras siempre se contorsiona lentamente y profiere quejidos interminables durante todo el proceso del tratamiento. Pero la buena, o la mala suerte, es que la Gárgola, ahora con mayúscula, ha quedado embarazada y aparentemente se ha puesto muy contenta.

Lleva el embarazo con la esperada alegría de parecerse a cualquier mujer, pero físicamente le causa muchos trastornos. La operación sufrida incluyó la suturación de todos los nervios de la espalda y ahora la vejiga presionada le juega malas pasadas, por lo que su destino es ir a orinar cada hora.

Verle bajar los calzones, admirar sus vellitos rubios, y luego escuchar el sonido en el agua, es algo que ya se ha vuelto corriente y en todo caso a ella no la inmuta, creo que le gusta.

"¿Qué es lo que haces tanto tiempo en el excusado?" Grita él.- ¿Vas por si sale algo o vas cuando tienes ganas? ¿Cuál es la expectativa? ¿No te funcionan los músculos? ¿Los del recto? ¿Los otros? ¿Estas ejercitándolos ahora? ¡Te digo que me digas qué estás haciendo!"

"¡No he debido continuar el ejercicio sobre la mesa por la mañana porque ahora me ha tocado ´correr´ al baño!" -replica ella.

"Correr? esa sí que es una manera de hablar, para qué diablos quieres que se muevan tus piernas paralizadas, a donde quieres ir ? Ya fuiste a donde querías.

"¡Ah,ah!" -gime ella.

"¿No obtuviste lo que venías buscando? ¡Quieres más!"-Continúa gritando él. -"¿Cuánto tiempo te toma orinar, levantarte? ¡Es necesario calentar agua para lavarte y para limpiar el sucio de la mesa!"

"¡Ah,ah!"

Cansado con el espectáculo, me dejo rodar por el sistema de la calefacción y espero a mi gárgola en el "fouton".

BAÑOS PÚBLICOS

Una pintura al óleo, "El Bañista", decora el corredor de entrada. Una señora gorda y aburrida, tras una ventanilla de vidrio vende los tiquetes. Un duchazo vale dos dólares. También se puede alquilar una toalla como de cartón y comprar unos tazoncitos de champú o de jabón líquido.

Los desvestideros son cuarticos contenidos entre dos puertas, una para entrar y otra para salir al área de las duchas. En cada uno hay ganchos para colgar la ropa, un grueso rectángulo de vidrio esmerilado que sirve de repisa y un espejo. Al cerrar la puerta se baja una tranca que bloquea la entrada y además sirve para sentarse. Las paredes son de baldosín color crema. Las esquinas no son en punta sino que se redondean suavemente. Unas ventanitas con malla de metal dejan entrar luz suficiente. Sesenta cuarticos similares del 01 al 60.

El gran auge de los baños públicos de Copenhague se debe a que muy pocas residencias tienen baño, en el edificio hay un excusado en el primer piso, pero fuera de eso toca cepillarse los dientes en el lavaplatos y darse baños de trapito, que a la larga cansan. Es por eso que una vez al mes los habitantes de Copenhague deciden darse una ducha "como Dios manda".

No es que el mugre se acumule, realmente después de una semana de no bañarse, uno ya no se da cuenta, pero a veces dan ganas de sentir un chorro de agua tibia rodar por la nuca.

Uno se quita la ropa, la cuelga en los ganchos, recoge el jabón, la máquina de afeitar, la toalla dura, un plástico con un numerito y una esponja amarilla que tiene un lado como raspador. Al salir del desvestidero por la puerta que dice "TIL BADE" (al baño) se llega a un imperio de aguas lleno de señores enjabonándose las partes. La toalla se deja en una casilla de alambre.

Lo primero es un duchazo en una de las treinta duchas, pero hay que ponerse las pilas pues algunas son de agua fría únicamente. La esponja amarilla viene impregnada de jabón. Hay cantidades de palanquitas en las duchas como controles de un submarino en una película de guerra. Unas regulan la temperatura otras la potencia del agua, otra es diabólica y al moverla manda un chorro dirigido justo al rabo.

Si uno tiene el cauchito azul en la muñeca puede entrar al Sauna. Tras una puerta de vidrio, en bancas de madera, desnudos sudorosos leen periódicos desleídos por el vapor. En la pared hay uno de esos relojes que no se dañan con el agua.

A los veinte minutos el calor se hace insoportable. Una ducha fría es obligatoria para quitarse el sudor y poder darse una zambullida, mientras más corta mejor, en una pileta de agua helada en la que flotan tronquitos de "iceberg".

Es como si el corazón frenara en seco. Nunca he logrado esclarecer cuál es el placer de la tal pileta. Todo se encoge como si el frío chamuscara la piel.

Es lo más cerca que me he sentido de un pingüino pero yo sin saco-leva. En todo caso da gusto sentarse un rato a la salida de los baños y mirar los clientes salir limpios y sonrientes y con los dientes de la peinilla impresos en el pelo.

P.S. En Suecia en los Baños, tenían un patiecito lleno de nieve en invierno, y en vez de meterse en la pileta, uno se revolcaba en la nieve.

Jorge Holguín Uribe

Dinamarca 1987

FIN